

Semántica interactiva y función heurística de la metáfora

«La ciencia, como las humanidades o la literatura, es un asunto de imaginación»¹

1. LA METAFORA COMO INTERACCION SEMANTICA

El lenguaje es, sin duda, el instrumento de conocimiento más universal porque a través de él podemos expresar nuestro saber, nuestros sentimientos y nuestras emociones, casi sin exclusión. Sin embargo, esta observación no parece válida para toda expresión lingüística y se pone rápidamente en cuestión a la hora de analizar ciertos usos peculiares de los lenguajes naturales habitualmente excluidos como instrumentos válidos de conocimiento. Se trata entonces de indagar hasta qué punto es lícito postular esa presunta función cognoscitiva para los lenguajes semánticamente ambiguos. Por regla general esta cuestión es denegada sin más, tanto cuanto el empleo de un lenguaje que no respete las pautas de una semántica unívoca queda descalificado de antemano sin remedio. Dejaré para otro momento la relación entre el pensamiento y la palabra, que expresa un vínculo inmanente entre estos dos términos y trasciende en mucho la idea de volcar un contenido —el pensamiento— en un *soporte* expresivo exterior.

1 Cf. Max Black, *Modelos y metáforas* (Tecnos, Madrid 1966) p. 238.

Mi propósito en estas líneas será presentar una discusión teórica sobre la validez y el ámbito de aplicación del discurso semánticamente sobredeterminado, al que identifico provisoriamente con el uso metafórico del lenguaje ². Desde luego, la controversia sobre los límites y la legitimidad del empleo cognoscitivo de un lenguaje metafórico está lejos aún de clausurarse y esta indefinición obedecería por lo menos a dos razones: por una parte las características del lenguaje unívocamente determinado se corresponden con el desarrollo de instrumentos formales de análisis muy poderosos. El dominio de un sector de conocimientos a través de un sistema analítico sofisticado permite percibir con mayor simplicidad las cualidades del sistema en cuestión y facilita una gestión muy precisa de los límites hasta donde es válida la aplicación del mismo ³. Esta transparencia de las cualidades y limitaciones dista mucho de aparecer, en cambio, en el empleo habitual de un lenguaje metafórico, lo que permite un margen de indeterminación más o menos dilatado en cuanto a esos límites y una sospecha fundada sobre sus presuntas virtudes. Esta característica —la indeterminación del campo de aplicación— sólo es percibida en su aspecto negativo e induce a no servirse de un lenguaje reputado poco fiable bajo la seducción de otro cuyas virtudes y vicios son más patentes.

Por otra parte, el enfrentamiento entre dos modos de funcionamiento del lenguaje —cognoscitivo y metafórico; científico y retórico— excede el marco de la lingüística o de una teoría de los *tropoi* discursivos. Plantear la cuestión como un debate inmanente a la lingüística distorsiona de manera considerable el problema gnoseológico subyacente, es decir, ante qué clases de conocimientos nos encontramos y, en consecuencia, cuál habría de ser el lenguaje adecuado para cada una de ellas ⁴.

2 Dejaré pendiente en lo que sigue la distinción habitual entre metáfora y metonimia, como así también la que se suele establecer entre metáfora y otras variantes de lo que, genéricamente, se denomina lenguaje sobredeterminado semánticamente. No desarrollaré, pues, una teoría de los *tropoi* ni una retórica, para las cuales una tipología de las figuras discursivas deviene imprescindible. Este trabajo no se orienta, pues, a la articulación de una retórica sino en señalar en el seno del discurso así llamado *retórico*, un uso cognoscitivo. No considero decisivo distinguir entre un uso metafórico del lenguaje y un lenguaje metafórico, por lo cual en lo que sigue usaré ambas expresiones como equivalentes.

3 Ya sea un lenguaje, una teoría, un conjunto de procedimiento, etc.

4 Naturalmente, la oposición entre ciencias naturales y ciencias humanas está presente detrás de esta discusión. Las segundas comportan un componente axiológico ajeno a las primeras y un modo de aprehensión de su objeto también peculiar. Pienso

Con este marco conceptual, que no será objeto de estudio como tal en este trabajo, procuro explorar los límites dentro de los cuales la metáfora tiene una aplicación válida como instrumento de conocimiento. Es cierto que tradicionalmente fue objeto de estudio de la crítica literaria y de la lingüística, pero su uso cognoscitivo implica analizar el nexa que mantiene con una teoría del significado y al mismo tiempo recortar el campo de sus aplicaciones heurísticas. Por consiguiente, esta tarea será apenas indicial, bajo la forma de un programa de investigación, ya que transponer los límites de la retórica en esta dirección implica distinguir al menos los siguientes aspectos:

1. el plano psico-sociológico del contexto de descubrimiento,
2. el plano lógico del contexto de justificación,
3. el plano analógico de los modelos que ofrecen la repleción intuitiva de una teoría y proponen así un esquema de aplicación de ésta.

Por consiguiente, en lo que sigue he preferido limitarme al primer punto (el nexa metáfora-descubrimiento y su convalidación en una teoría del significado), porque allí se detecta el rango de cualquier aplicación no retórica o cognoscitiva. Una teoría de esta naturaleza se pone como condición de posibilidad de su desempeño en contextos cognoscitivos porque regula y legitima el alcance del decir metafórico y al hacerlo, determina el campo de aplicación del discurso semánticamente sobredeterminado. Esta cuestión es ajena a una discusión acerca de las figuras del discurso, sus modalidades o la construcción de una tipología. En todo caso, ninguna justificación parece posible al margen de una teoría del significado porque sólo en este contexto se pueden definir las propiedades del enunciado metafórico. Esta elucidación reclama una evocación sinóptica de los principales enfoques teóricos sobre el funcionamiento del lenguaje en contextos oblicuos. Examinaré, pues, las hipótesis fundamentales de las teorías *sustitutiva* y *comparativa*⁵, por una parte, y de la *teoría interactiva*, por otra. Las dos primeras comparten un supuesto similar, es decir, la convicción de que la metáfora no aumenta nuestros conoci-

en el caso extremo de la etnología que no elabora —no pretende hacerlo— leyes sino descripciones. Pero ¿qué clase de *descripción* es aquella que se aplica al *sentido* de un *acto* y cuál es su modo específico de darse?

5 Cf. Paul Ricoeur, *La métaphore vive* (Ed. du Seuil, Paris 1975) pp. 111 y ss.

mientos referentes al mundo. Para ellas se trataría, en cambio, de enunciados que expresan connotaciones sin denotación, de lo cual se infiere analíticamente que se circunscriben al ámbito expresivo y a las cualidades estéticas del decir. Según la variante *sustitutiva* ⁶, la metáfora se genera con el reemplazo de una expresión literal por otra que se asocia de manera oblicua con aquélla. En cambio, la variante *comparativa* ⁷ considera que ella expresa de manera condensada lo que una comparación expone de manera explícita. En ambos casos se obtienen idénticas consecuencias en cuanto a su función:

1. se trata de enunciados carentes de información,
2. revelan una función lúdica o estética del lenguaje,
3. pueden ser reducidos a otros enunciados equivalente con la subsiguiente pérdida «ornamental».

Es conveniente reparar en la *función* que le cabe a la definición misma de metáfora porque en ella se conjeturan sus cualidades y los límites de sus posibles aplicaciones. En otras palabras, la función del enunciado metafórico es asignada analíticamente por la definición inicial y es evidente que, en esta primera perspectiva, toda operación cognoscitiva ha sido cancelada, denegada desde su inicio.

Por su parte, la teoría *interactiva* ⁸ considera el *enunciado metafórico* como una *unidad funcional* sobre la cual todo abordaje teórico se ejerce como una distinción analítica en el seno de la unidad que no opera al modo de una estructura compuesta de partes. Con esta reflexión se pone al descubierto la estructura íntima del enunciado metafórico al señalar, por ejemplo en la terminología de I. A. Richards, la *tensión* entre una idea subyacente y otra portadora ⁹. Max Black reemplaza esta denominación introduciendo una polaridad similar entre la palabra metafórica y el resto de la frase ¹⁰. El enunciado completo constituye la metáfora pero se genera como un juego de oposiciones y complementariedades paradójales entre el foco metafórico y el marco literal: las palabras que aparecen con su

6 Cf. Max Black, 'La metáfora', en *Modelos y metáforas*, pp. 41-45.

7 Cf. Max Black, op. cit., pp. 45-47.

8 Cf. ibid., pp. 48-53. Black se inspira en los escritos de I. A. Richards (1936).

9 Cf. Paul Ricoeur, op. cit., p. 105. Idea subyacente: *teneuer* (*tenor*); idea portadora: *véhicule* (*vehículo*).

10 Cf. op. cit., p. 111. «Focus» es la palabra metafórica, el foco del enunciado y «frame» es el contexto o cuadro que conforma el resto de la frase. El foco sólo es posible sobre un marco sobre el cual se recorta.

sentido habitual se contraponen a las que se presentan con su sentido alterado, promoviendo un juego de significados generador de nuevos significados. El juego semántico, la *tensión entre las ideas*, constituye la metáfora y por eso el análisis del enunciado metafórico no permite hallar la metáfora en ninguna de sus «partes». Estrictamente hablando, *la metáfora no tiene partes*. Por esto, podemos pensarla en términos de *operación*: la operación «metáfora» consiste en una función de génesis semántica cuyos alcances gnoseológicos habrán de precisarse. La teoría interactiva implica, pues, consecuencias simétricas y opuestas a las de las otras dos evocadas más arriba:

4. se trata de enunciados que contienen información,
5. es decir, no se trata solamente de ornamentos del lenguaje,
6. y, por eso, son irreductibles a otras expresiones supuestamente equivalentes.

Hasta aquí hemos contrapuesto definiciones, pero es evidente que afirmar 4. y 5. y 6. no implica haber *probado* su verdad, habida cuenta de que éstos no son enunciados metafóricos...

2. METAFORA Y REFERENCIA

Este último enfoque, la cláusula 4. en particular, compromete algunos supuestos adicionales que Paul Ricoeur, siguiendo los lineamientos de la lingüística de la frase de Émile Benveniste, ha sugerido con admirable claridad hace ya algún tiempo. Adoptaré, pues, su terminología y su horizonte conceptual. Ricoeur propone una estrategia para abordar el problema de la referencia metafórica fundada en dos conceptos complementarios: se trata del teorema contextual de significado y de la tesis de la apertura del universo significante. Con el primero, la frase ¹¹ se convierte en la unidad de significado, en reemplazo de los términos a partir de los cuales la frase resultaría por «complicación» o *agregatum*. La idea implícita es simple: la frase significante es resultado de una *operación de síntesis* en virtud de la cual la *sumatoria de elementos* no da el sentido que surge precisamente de esa síntesis. El segundo concepto restituye la referencialidad como

11 Cf. Émile Benveniste, *Problemas de lingüística general* (S. XXI, México 1986).

correlato de la estructura intencional del lenguaje en contraposición a los abordajes estructuralistas. Estos últimos, con el fin de explicar el funcionamiento del lenguaje hacen una renuncia expresa de toda exterioridad y se mantienen en los límites impuestos metodológicamente: la inmanencia de los signos al sistema. Pero el mecanismo de *génesis semántica* operado en la metáfora queda sistemáticamente marginado de un enfoque cuya explicación es analítica e inmanente al sistema de los signos.

Sin embargo, este complemento de la teoría interactiva, está lejos aún de proporcionar una solución definitiva para el uso no retórico de las metáforas y nos compromete a una tarea engorrosa llegado el momento de explicar qué habrá de entenderse por *referencia metafórica*. La relevancia de esta cuestión no es menor. Para legitimar la utilización cognoscitiva de metáforas, resulta imprescindible una explicación satisfactoria de aquella referencia metafórica. Esta cuestión no queda completamente saldada en la teoría interactiva porque deja un flanco débil precisamente en este punto: al trasladar el sentido metafórico desde los términos hacia la *relación entre términos* —la frase— se reabre la polémica sobre la referencia de los enunciados metafóricos, sólo que esta vez con una muy fuertemente pertrechada teoría de los actos ilocucionarios. El enfoque lingüístico de la metáfora encuentra un sustento en la idea de interacción semántica que despeja el mecanismo de génesis semántica, pero al mismo tiempo descubre una limitación: la lingüística se ve desbordada por el problema gnoseológico de la referencia que no puede resolver porque es ajeno a su esfera de problemas. Así, un enfoque otro que el lingüístico se vuelve imperioso.

3. METAFORAS, DISCURSO CIENTIFICO Y ABDUCCION

A diferencia de lo que sucede con las metáforas, casi no caben dudas acerca de la aplicación y la utilidad de los modelos en la investigación científica bajo la creencia de que a través de ellos se perciben, de manera intuitiva, propiedades de objetos o de relaciones ocultas a la observación directa de los fenómenos. Max Black ¹² pone

¹² Cf. Max Black, 'Modelos y arquetipos', en *Modelos y metáforas*. «Para muchos, el uso de modelos en la ciencia se viene pareciendo al de la metáfora...» (p. 231).

de relieve esta cuestión y al mismo tiempo sugiere un empleo del todo diferente:

«El uso de un modelo determinado puede no consistir en otra cosa que en una descripción forzada y artificial de un dominio suficientemente conocido ya de otra forma; pero *puede ayudarnos también a advertir cosas que de otro modo pasaríamos por alto, y a desplazar la importancia relativa concedida a los detalles: brevemente, a ver nuevas vinculaciones*»¹³.

Resulta sugerente la descripción analógica de los términos «modelo» y «metáfora». Así, la incorporación al discurso científico de un término que pertenece a la retórica se justificaría por la semejanza de su utilización en ambos campos: la objeción que pesa sobre el empleo de la metáfora en dos ámbitos aparentemente extraños uno al otro, en virtud de la *semejanza* de su operar, sería válida sólo si el uso gnoseológico estuviera al servicio de la justificación de los conocimientos, es decir, en el contexto de la justificación. Pero este no es el caso ya que la metáfora y los modelos tiene aplicaciones heurísticas que atañen al descubrimiento de nuevas propiedades y relaciones, es decir, al mecanismo de creación, de ideación. De donde la creación semántica se halla intrínsecamente unida a la creación cognoscitiva. Se puede pensar este nexo como las dos caras de una moneda: pensar y decir. Desde luego, estas sugerencias exigen un mayor desarrollo que el bosquejo presentado aquí y se pueden encontrar argumentos favorables en el Wittgenstein de las *Investigaciones Filosóficas*, por ejemplo a través de la noción de «juegos de lenguaje» y del concepto aún más primitivo de «formas de vida». La función heurística¹⁴ de los modelos es un juego de lenguaje que se extiende, en ocasiones, hasta la formulación de términos teóricos y revela un mecanismo de *génesis semántico-ideacional* similar al mecanismo metafórico.

Esta recuperación de la metáfora en el plano de la heurística pone en juego una aplicación claramente gnoseológica, al menos en lo que se refiere al modo de aprehensión del objeto¹⁵. El prestigio

13 Ibid., p. 233.

14 «El empleo de modelos teóricos se asemeja al uso de metáforas por requerir la transferencia analógica de un vocabulario: la metáfora y la construcción de modelos revelan relaciones nuevas...» (ibid., p. 234).

15 El caso del psicoanálisis ilustra con precisión esta presentación oblicua de los datos en el mecanismo del sueño y del delirio. Otro tanto cabe para la sociología o la etnología, por ejemplo.

que la teoría estándar ha concedido a la justificación ha velado la función heurística bajo la rúbrica de actividad no racional ya que no se la puede sistematizar a diferencia de lo que ocurre con la primera. Por cierto, la heurística se desarrolla en lo que la literatura ha dado en llamar «contexto de descubrimiento»¹⁶. En este caso, la función de las metáforas y de los modelos tiene un notable «parecido de familia»¹⁷ con la *abducción*, término con el cual Peirce se refiere a la operación de conjeturar una hipótesis. En otras palabras, la utilización de modelos y metáforas es inherente a la tarea de creación científica, de adquisición de conocimientos, de ideación teórica, es decir, al contexto de descubrimiento. Naturalmente, este uso no garantiza su aplicación en el contexto de justificación y, lo que es más, sólo nos dice que *de hecho* se la utiliza en el primer contexto sin mayores fundamentos ni garantías, es decir, sin brindar una justificación en sentido estricto. En suma, la presentación de cierta clase de objetos (por ejemplo, algunas formaciones de la vida psíquica) y la proyección de los datos en hipótesis explicativas teóricas, son casos frecuentes en los que se recurre al mecanismo metafórico en contextos científicos.

Pero entonces se torna imperioso dar respuesta a la pregunta siguiente: ¿qué nos dice efectivamente, esto es, qué agrega un enunciado metafórico, en el contexto de descubrimiento, más allá de proporcionar cierta claridad psicológica? Afinando la pregunta: ¿la *claridad psicológica* que presuntamente aporta la metáfora, es algo que esta figura discursiva nos hace *conocer*? En tal caso, ¿qué cosa es?

Resumo en tres momentos el camino recorrido hasta aquí: 1. la definición de metáfora, 2. la metáfora como operación de síntesis, y 3. el qué de la metáfora, su referencia, la relación entre eventos en el plano del descubrimiento. Aunque una teoría del significado no acabe por darnos sino una aproximación de su naturaleza, existen evidencias incontestables de su aplicación en el contexto de descubrimiento e ideación y, por consiguiente, de su función gnoseológica. En cambio, no podría afirmar que este decurso haya agotado ni una explicación del significado metafórico, ni los mecanismos de génesis semántica que le son inherentes, más allá del hecho cierto de su apli-

16 Cf. Rolando García, 'La epistemología genética y los problemas fundamentales en la teoría del conocimiento', en *Construcción y validación de las teorías científicas* (Bs.As., Paidós, 1986) p. 64.

17 Término empleado por Wittgenstein para referirse a conceptos que se resistían a una definición porque subsumían una serie de objetos u operaciones que tenían «algo en común». (Cf. *Investigaciones filosóficas*, §§ 66-68).

cación. Del mismo modo, es un paso no menor reconocer que un uso no retórico en el contexto de descubrimiento ocurre efectivamente. Frente a estos resultados, que podrían considerarse un progreso en la elucidación de la función metafórica, se levanta una nueva estrategia crítica desde la teoría de los actos de habla aunque sólo se trate, quizá, de vino viejo en odres nuevos.

4. METAFORA Y TEORIA DE LOS ACTOS ILOCUCIONARIOS

Durante la última década la teoría de los actos ilocucionarios ha efectuado un progreso importante, al punto de proponer una lógica ilocucionaria ¹⁸ más o menos completa. La polémica evocada al comenzar este artículo se reabre en términos algo diferentes porque los fundamentos de esta lógica ponen en jaque la tesis del contenido gnoseológico de los enunciados metafóricos. Paradójicamente, esta tesis también se funda en el supuesto de la diversidad funcional del lenguaje, como sugiere Wittgenstein ¹⁹, aunque limita estas funciones a cinco principales ²⁰ y extrema la independencia de cada una de ellas respecto de las demás. De todas maneras, Wittgenstein no tensa el antagonismo en la independencia de la función informativa respecto de la expresiva, sino respecto de una función informativa unificada monolíticamente. Por el contrario, sus ejemplos se multiplican para mostrar la diversidad de modos de darse de lo que suponemos

18 Cf. el artículo de Daniel Vanderveken 'Pragmatique, sémantique et force illocutoire', como así también el libro de reciente aparición *Illocutionary logic*, de Vanderveken y Searle.

19 «Pero ¿cuántos géneros de oraciones hay? ¿Acaso aserción, pregunta y orden? Hay *innumerables* géneros: innumerables géneros diferentes de empleo de todo lo que llamamos 'signos', 'palabras', 'oraciones'. Y esta multiplicidad no es algo fijo, dado de una vez por todas; sino que nuevos tipos de lenguaje, nuevos juegos de lenguaje, como podemos decir, nacen y otros envejecen y se olvidan (...).

La expresión '*juego de lenguaje*' debe poner de relieve aquí que *hablar* el lenguaje forma parte de una actividad o de una 'forma de vida'.

Ten a la vista la multiplicidad de juegos de lenguaje en estos ejemplos y en otros:

- dar órdenes y actuar siguiendo órdenes
- describir un objeto por su apariencia o por sus medidas
- fabricar un objeto de acuerdo con una descripción (dibujo)
- relatar un suceso
- hacer conjeturas sobre el suceso
- formar y comprobar una hipótesis (...)

(*Investigaciones filosóficas*, § 23).

20 Informativa, declarativa, expresiva, comisiva y directiva.

(bajo una simplificación exagerada): «información». A partir de esta idea, se vuelve tentador proponer una clase de información *sui generis* para los enunciados de polisemia irreductible. En rigor, se hace posible postular, para cierta clase restringida de polisemia, su irreductibilidad a expresiones unívocas.

Por el contrario, el debate parece clausurarse bajo las sugerencias de Daniel Vanderveken²¹. Este autor define el significado como una función del sentido de un enunciado y de su fuerza ilocucionaria. La fuerza ilocucionaria resulta así de la conjunción de siete elementos primitivos combinados, de los cuales el punto ilocucionario es el principal. A mi juicio, el núcleo de la discusión pasa por la reducción de los puntos ilocucionarios a cinco y el lenguaje informativo a sólo uno. Esta visión de las cosas se opone, al menos en una primera instancia, a la idea wittgensteiniana de múltiples «juegos de lenguaje», que resulta más fértil. Por lo demás, la combinatoria de elementos primitivos, y la secuela de modalidades propias de cada uno desemboca en la posibilidad de construir un número virtualmente infinito de fuerzas ilocucionarias, con lo cual la aparente simplicidad de cinco puntos ilocucionarios originales se disuelve en una multiplicidad de modos derivados.

A los fines de esta exposición, sólo nos interesa el primero de esos siete elementos primitivos: el «punto ilocucionario»²². Puesto que el punto ilocucionario se define a partir de la relación palabra-mundo, los enunciados metafóricos se encuadran inexorablemente dentro del punto ilocucionario expresivo. Los actos de habla con esta fuerza se caracterizan por expresar creencias y deseos, con lo cual volvemos a foja cero la estructura teórica considerada hasta aquí. Bajo un encuadre teórico diferente se plantea otra vez la exclusión analítica del mecanismo metafórico respecto de toda operación concerniente a un acto de conocimiento, lo cual pone en marcha una estrategia de clausura. Así, pues, se genera un dilema en estos términos: desechando la opción que sugiere Vanderveken, qué criterio se podría invocar en favor de un lenguaje metafórico irreductible y cognoscitivo, mientras que asumiéndola, se corre el riesgo de perder las presuntas propiedades heurísticas de la metáfora. Limitada a la expresión de deseos y creencias, naturalmente carece de contenido informativo sobre el mundo. Pero, ¿por qué habríamos de restringir

21 Cf. op. cit.

22 But illocutoire.

analíticamente la función metafórica cuando, por otra parte, la aplicamos con provecho cierto en el contexto de descubrimiento?

Este es, a mi modo de ver, el estado actual de la cuestión. Hasta aquí no he procurado otra cosa que indicar los argumentos que esgrimen en su defensa ambos puntos de vista y mostrar que el debate se ha reabierto. Verdad es que en el ámbito de las ciencias humanas el recurso metafórico se emplea en ocasiones con una soltura que no se corresponde con un esfuerzo similar de fundamentación ²³. Pero no es menos cierto que negar esa función implicaría recusar su aplicación al descubrimiento y tal renuncia parece aún más injustificada. Queda en pie el hecho de que para legitimar este uso se hace necesario contar con una teoría del significado sólidamente amarrada a una epistemología. En la confluencia de ambas, la heurística del recurso metafórico podría, eventualmente, quedar justificada.

Sería entonces el momento de replantear la validez del nexo entre el lenguaje metafórico y el contexto científico o, en otros términos, qué posibilidades caben de considerar la vigencia de este nexo, particularmente en lo que se refiere a las ciencias humanas.

MARCELO GUTIERREZ BRIDA
École des Hautes Études en Sciences Sociales
Paris

23 Así ocurre, entre otros, con el concepto de «repetición» como manifestación de Thanatos en el psicoanálisis freudiano, para mencionar sólo un ejemplo de indagación heurística del lenguaje metafórico. Cf. S. Freud, *Más allá del principio de placer* (1920).